

III CARTA DE JUAN CALASANCIO

Queridos compañeros escolapios:

No he querido faltar este año a nuestra cita anual a pesar de que las múltiples ocupaciones y cierto compromisos familiares me impiden dedicar a vosotros todo lo que os merecéis. Sin duda alguna tendríamos muchas cosas que contarnos mutuamente. Un año da mucho de sí. A veces, las múltiples ocupaciones nos hacen parecer que todo sigue igual, que todos los días son iguales... pero nada más lejos de la realidad. Basta con detenerse y mirar a nuestro alrededor para comprobar que las cosas cambian y no sólo nosotros como acostumbramos a decir las personas mayores.

Hablando de mayores. Estamos ahora mismo en un momento de nuestra vida que no sabemos a qué parte de la balanza estamos. Y no me refiero a la balanza que sostiene canina, la muerte canina como decíamos de niños, del cuadro de Valdés Leal "In ictu oculi". Aunque todavía nos sintamos jóvenes, nos es fácil comprobar que estamos comenzando a parecer desfasados. Cuando hablamos de nuestro pasado, de nuestras vivencias escolares, de aquella época en la que éramos niños, sentimos con frecuencia que cada vez son más los que no saben de qué estamos hablando.

¿Es que nuestro mundo ya no existe? Tal vez el mundo no existe, sino que va a su ritmo. Tal vez la vida no es más que una sucesión de hechos a la que nosotros aportamos una serie de matices que, por el hecho de ser compartidos en un momento concreto, creemos que son los mejores o, al menos, con los que nos hemos sentido identificados en un momento concreto.

No. No éramos felices en la época escolar. Perdonadme que os lo diga así de crudamente, pero de niño uno nunca es feliz. Se es feliz de mayor cuando hay algo que recordar y, entonces, entra en juego ese engaño de la memoria y nos hace evocar de una manera cosas o hechos que, en realidad, fueron de otra forma. Ustedes, queridos compañeros escolapios, pensareis que soy un pesado, pero estoy convencido de ello: ¿Qué es lo que nos une hoy aquí si no es la necesidad de vernos y hacernos creer unos a otros que aquella fue una época feliz, cuando en realidad todos estábamos deseando crecer, abandonar el colegio, estudiar o trabajar, ganar dinero, casarnos,... Ilusiones. La vida no es más que una ilusión, como decía un verso de no sé qué poema, de no sé qué poeta, pero que repetía una y otra vez el padre Juan, recitando trafagosamente, liando las palabras y como un cencerro.

La vida no es más que eso; como terminaba aquél poema: amor, mentira, ilusión. El gran fallo de la sociedad actual es que está montada de cara al presente. Todo tiene que ser inmediato. Si uno quiere un coche, ya nadie es capaz de esperar un año como antes se esperaba para comprar un simple R5. Si uno quiere un apartamento en la costa, ya nadie empieza a ahorrar y al cabo de unos años comprar dentro de las posibilidades de cada uno. Ahora, el apartamento, el piso, el chalé, el coche, todo tiene que ser, como si fuésemos un niño caprichoso, inmediato. Y es un grave error. Creedme, amigos calasancios, no se puede

vivir de cara exclusivamente al presente. Eso crea infelicidad. El momento presente es un instante. Pasa inmediatamente. Como diría Don Manuel, *fijarse bien* que hace ya un año que nos reunimos y parece que fue ayer. Y esta reunión de hoy pasará, dentro de unas horas, al pasado y a los recuerdos.

Del presente, generalmente, no somos conscientes. La mayoría de las veces estamos, como dice mi hijo Dani, en la tercera cadena. Somos muchos los que tenemos la rara habilidad de enterarnos tarde de todo, de no estar al corriente de tramas y veleidades. Pero no me importa lo más mínimo. Al final, como decíamos en nuestra época, todos calvos. Solo se puede vivir olvidando el presente y centrándose en el pasado y en el futuro. Y al decir olvidar el presente quiero decir alejándose de las prisas imperantes, del afán por vivir intensamente, de ese querer aferrarse al ahora como si no hubiese otra cosa. Eso no crea más que insatisfacción, inseguridad, neurosis.

La vida, y más a partir de cierta edad, necesita sustentarse de recuerdos. ¡Cómo olvidar aquellos ratos en la mesa de camilla de nuestra casa materna jugando a la oca, contando historias al amparo de la copa de cisco, recordando anécdotas o historias mágicas que nos contaba nuestro padre de su infancia, de los años del hambre, del extraperlo! ¿Acaso somos ahora más felices sin hablar a la hora de comer, viendo concursos llenos de ordinariez o anestesiados por teleseries imbéciles? ¿Acaso somos más felices ahora viviendo en un chalé *acosado* dependiendo del coche para todo, soportando atascos, problemas de aparcamiento, hipotecas, cuñados insoportables que van de fin de semana a nuestra piscina? ¿No añoramos el viejo piso o la vieja casa de nuestra infancia, aunque fuera pequeña, húmeda en invierno, mal acondicionada, sin calefacción, sin climalit y sin aire acondicionado?

Aquella sí que era nuestra casa. Cuando salimos de ella comenzó una especie de destierro. En ese momento teníamos que centrarnos en el presente y buscarnos un futuro para nosotros y para los nuestros; por eso, a partir de ahí, empezamos a echar de menos el tiempo pasado. Sólo entonces nos dimos cuenta del cariño materno, del valor del hermano, de la entrega desprendida de la abuela. Bastaron sólo unos días de integración en el mundo laboral para darnos cuenta de que el colegio era un auténtico paraíso. Comprobamos rápidamente que el pedante de Fernandito Ávila era nada comparado con el niño que nos instalaba los programas de los ordenadores. Que el empollón de Pepe Díaz-Borrego, el insoportable de Dieguito García –que por cierto sigue insoportable- el mijitas del *Pulín*, el ligoncete de Ángel Marcos, eran nada comparado con la de cabroncetes que había sueltos por el mundo.

Nos dimos cuenta de que por esos mundos había gentes que sabían más matemáticas que Juanito *la Mona*, chavales con zurda más exquisita que la de Paco Gómez Recolta, cabezas de serie más importantes que Manolo Díaz Salazar, peritos con más abejorros que Ramón Salado, solterones aún más empedernidos que Lolo Ruiz Garrido, manitas aún más manitas que el mismísimo Enrique Ferrer.

Y la vida da esas vueltas. Ahora, al cabo del tiempo, resulta que el *largo*, con lo poco ligón que era, ha visto más chochos que nadie. Que el Soto, tan prudentito él, se nos convierte en abogado del mismísimo diablo. Que el Yebra, tan cortito y tan calladito, nos

ha salido poeta. Que el Manolito Rodríguez Gómez, tan moderno él, tan heavy, nos ha salido productor de boleros y de versiones de los Panchos.

El mundo de revés. Vivir para ver. No somos nadie. No lo serás tú... que yo soy maricón, dice uno que yo conozco. Por cierto, ya que tocamos el tema: a menos que se sepa, ninguno del curso ha salido gay. Aunque, también es cierto que, en nuestra época no existían los gays: Maricón, maricón, lo que se dice maricón, con acento en la o, tampoco. Todo lo más hubiéramos salido mariquitas, folklóricos puros, de la época de la *tornillo*, la *soraya* o la *esmeralda*. Los mariquitas de nuestra época no cantaban por Elton Johu, ni por Miguel Bosé, ni siquiera por Falete. A aquellos mariquitas les encantaba vestirse de flamenca, cantaban por la Marifé o la Juanita Reina y se dedicaban a pintar por las casas. No está claro hoy en día si esto es una virtud o una rémora. Lo que sí es verdad es que se veía venir. Tantos recalentones, que San Pompilio bendito me perdone lo que digo, no podían acabar de otra manera. Después de ver a Brigitte Bardot en “Y Dios creó a la Mujer”, a Claudia Cardinale en “El Gatopardo” y, sobre todo, a Laura Antonelli, la protagonista de “Malizzia”, la cosa no podía acabar de otra forma. Ahora, también es verdad, de que podíamos haber sucumbido ante la mirada de Paul Newmann, el gesto desafiante de Alain Delon o el perfil davídico de Tadzio, el niño de Muerte en Venecia.

Todo pasa y todo queda. Pero aquí no se queda ni el gato. La vida sigue igual. Juan Calasancio sigue viendo a Diego García Jiménez, guapito y con buen tipo, al otro Diego, al Noguerras, con tipo de maestro de pueblo, a Antonio Flores con cara de conquistador extremeño, a Alfonso García Borja con pelo, a Fernando Ávila calladito y estudioso, y no como ahora, parlanchín y play-boy confeso. Juan Calasancio se imagina a Carlos Silva como a aquellos que iban, con un manojo de corbatas al brazo, vendiéndolas por las casas y las tabernas, a Florencio Sánchez Gómez repartiendo vinos en una furgoneta por la calle Butrón, a Fernandito Cobo despachando tapas de paella y carne en salsa en su bar de la Puerta de la Carne, a Enrique Ferrer en el estudio de fotografía de su padre en la Cuesta del Rosario, a Fran Punta camino del patio del cuartel para seguir el entrenamiento de Don Luciniano.

Pero sobre todo, Juan Calasancio, se siente hoy feliz. No se lo esperaba. Igi: tú eres el protagonista del día. Nos has hecho feliz a todos de tenerte entre nosotros. La vida tiene esos contrastes. Un día arriba y otro abajo. Como dice el refrán, unas veces puta y otras comadre. ¡Quién nos iba a decir, a ti el primero, que hoy ibas a poder estar aquí con nosotros! No te preocupes más de la cuenta por las cosas. De algo deben de servir tantas misas en el oratorio, tantos triduos a San José de Calasanz, tantos padrenuestros a San Pompilio. Híganos hay muchos. Los hay a la plancha, encebollados, con tomate, con papas *guisás*, ¡ya saldrá alguno! Lo que sí tienes ya ganado y donado, desde hace tiempo, pero ahora aún más, es nuestro corazón. Te queremos... *Igi*.

Muchas gracias.

Sevilla, 18 de Febrero de 2006.